

apostólicos bramidos que se convirtiera todo en lágrimas de penitencia, confesiones y mortificaciones públicas. Era de admirar la veneración con que en todos los Pueblos recibían estos desengaños, y salían á recibir á los Misioneros con Cruz alta, instrumentos músicos y ramos, bariendo largo trecho los caminos, y adornándolos de flores y arcos; pero siendo ya preciso el acercarse á Valladolid, lo fue también al V. Padre salir de noche y á caballo, para poder salir de ellos: ni esto fue bastante para que el Párroco desde la Piedad no le saliera, acompañado de otros Sacerdotes y Seculares, á cortar el camino, y emplearle por quince días en la misión de su Pueblo, en la que fue el concurso tan copioso, que fue necesario sacar el Púlpito de la Iglesia, y estar confesando á los hombres hasta más de la media noche, para lo que tenía el V. Padre licencia del Santo Oficio. Con el mismo tezon se executó en Santa Ana, de donde le fue necesario hacer otra nocturna fuga para ir á Angamacutiro, Puroándiro y Vaniqué, pero siempre seguido de innumerables que fue confesando por el camino, hasta entrar en Valladolid.

Publicó la misión en la Catedral, y predicó con solidez tan eficaz y vivaz eloquencia, que salían de su boca las voces, como dárδος de fuego que abrasaban los corazones, y apenas hubo alguno que no se encendiera en afectos de dolor y ternura. Eran para los auditorios muy corto el ámbito de los Templos, y el número de los cinco Misioneros, con lo que se vieron maravillosos frutos, de suerte, que siendo innumerables las confesiones, se vieron públicamente rompidas amistades torpes muy antiguas, reformados los trages profanos,

restituidas honras y bienes usurpados, extinguidos los juegos, dando los jugadores de Gallos pruebas de su enmienda, con matarlos sus mismos dueños, y cerradas todas las Vinaterías.

Concurría también la divina Providencia á tan christianas resoluciones con demostraciones extraordinarias, porque siendo el día de la Procesion de Penitencia inmenso el concurso, y en que los Señores Prebendados fueron los primeros cargados de pesadas Cruces, muchos de los principales Republicanos descalzos, y el comun con crudas penitencias, antes de ordenarse, advirtió el R. P. Guardian del Convento, que podia suspenderse hasta que el Sol templara sus rayos, pues estaba la tarde muy calorosa; y proponiéndoselo al V. Padre, le respondió: «Dispóngase la Procesion, que espero en Dios no nos moleste el Sol con sus rayos.» Hizose así, y al punto se formó una nube que cubria el Sol con su densidad, y se extendia su sombra por todo y solo el ámbito ó circunferencia de la Ciudad, manteniéndose fija, hasta que dando por las calles vuelta la Procesion, entró en la Catedral, donde predicó el V. Padre. Fueron muchos los que observaron este raro fenómeno, y que despues lo testificaron como preternatural ó prodigioso, porque acabada la Procesion, se dispó el nublado, y el Sol se veía entrar por las ventanas de la Catedral muy claro. Ello es cierto que la nube que en sus jornadas protegía á los Israelitas para que los rayos del Sol no les hirieran, era un perpetuo sigdo del auxilio y poder con que Dios favorecía á su Pueblo. Lo más raro fue, que siendo el nublado obscuro, muchos le miraron como relámpago, por la instantanea luz que alumbró á sus en-

tendimientos; y siendo mudo, la fama le hizo dar tan terrible trueno, que espantó á muchos.

Así fue, que toda la comocion de Valladolid hizo en la Ciudad de Pazquaro, y solo el rumor de los admirables frutos de la misión, que se hicieron allá públicos, movieron á sus Vecinos á hacer muchas y muy fructuosas confesiones, y á reformar todos los abusos escandalosos, pues los efectos de la verdad evangélica, no se cifian á las voces ni á las distancias. Ya las fuerzas naturales del V. Padre estaban muy debilitadas, y con el continuo afan del ministerio, le acometió una fiebre ardiente que le puso en cama hasta el séptimo día que hizo crisis, dando en estos días un raro exemplo, con recibir en todos ellos la sagrada Comunión, y manifestar una humilde paciencia y virtuosa constancia.

Mal convalécido de la pasada

CAPÍTULO XXIII.

Pasa el P. Fr. Antonio para México, su muerte y honorífico entierro.

HABIA depositado Dios en el V. Padre una alma grande, para que también lo fuera la forma de su vida; y esta fue tan admirable como la de una delineación de perspectiva, cuyo artificio, en los léjos que miente y vacíos que finge, le presenta un agradable embeleso á la vista, consistiendo todo el primor, en que los rayos directos de las especies vienen por línea recta, sin refracción ni reflexión, á parar y concurrir en ella: á este modo, quien directamente veía al V. Padre ocupado en un Apostolado de quarenta y quatro años continuos, atravesando á pie, y

sin mas viático que el que Christo previno á sus Discípulos, dos dilatados Reynos, fundando tres Colegios y muchas Conversiones de Infeles, misionando en todas sus Ciudades, Villas, Pueblos y Cortijos; pensaría que era un hombre robusto y de extraordinarias fuerzas y que gozaria de una salud y complexion inolterables; pero si esos rayos que le venían directos á la vista los refracta, y hace torcer la línea de su dirección sobre los léjos y vacíos en que su profunda humildad escondía las austeridades, vigiliás, ayunos, enfermedades, dolores y quebrantos que su esforzado

zelo toleraba, y disimulaba en sus apostólicas y penosas tareas, verá trocada la perspectiva, en una imagen viva de una sangrienta penitencia, de una abstinencia rígida, de una obediencia ciega, y de la mas heroica tolerancia en los crueles accidentes de una salud trabajada, y en extremo desflaqueada. Con esa misma reflexión verá tambien, que no las fuerzas imaginadas, sino la soberana Providencia, era la que fortalecia su grande alma, y dirigia sus pasos conforme á sus designios, para decorar con su muerte su apostólico ministerio, y hacer famosos sus trabajos con un sepulcro glorioso.

Bien presentia en sí mismo el V. Padre que caminaba al logro de sus deseos, é inflamados sus afectos, caminando para Querétaro, luego que veía los Paxarillos, daba á entender á los Compañeros con acciones y palabras, que los tenía muy vivos de remontarse al Empíreo con presuroso vuelo. De estos amantes anhelos nacia una alegría extraordinaria, que todos extrañaban en su semblante: los esfuerzos con que alentaba á las Beatas de Santa Rosa para que fueran muy perfectas, los consuelos con que en el Confesionario fervorizaba á las Religiosas de Santa Clara, y una plática espiritual con que las exhortaba á ser fieles Esposas de Jesuchristo: á esto dirigia algunas medias palabras, con que correspondia á los Seculares sus devotas expresiones, que les persuadian ser despedidas para su última jornada, y con este temor, le cercenaban por varias partes el manto, para afianzar en estas prendas su piadosa memoria. Jamás perdió de vista la presencia de Dios, y por eso, hablando de su Magestad, se deshacia su corazon en amorosos afectos,

y quedaba como fuera de sentido. Una ocasion sucedió, en este último viage, que estando en confidencia mística con otra persona espiritual, se le fue encendiendo el rostro, y perdiendo el sentido se quedó inamovible, y le cruxian los huesos, y daba señas de muerte, que le duraron cerca de una hora: volvió en sí, con grandes suspiros y avenidas de lágrimas, que dando á entender su interior sentimiento, ocultaban su motivo. La persona confidente, conjeturaba que estaria cercana su muerte; y con la confianza que le daba su intimidad mística, le preguntó, que si se muriera en aquella hora, ¿qué sería de las misiones que iba á hacer? A lo que respondió: «¿No te acabas de desengañar? Ten fe, no sabes que si Dios quiere, sacará un Borrijo de la plaza, y le dará habla, y hará de él un Predicador que convierta todo el Mundo?» Con este humilde desengaño daba á entender la ninguna falta que él pudiera hacer con su muerte.

Pero ella habia de ser á impulso de alguna virtud, como lo habian sido todas las acciones de su vida; y para que no le faltara el mérito, dispuso la Providencia, que le guiaba en todo, que fuese víctima de la obediencia, pues era el mayor consuelo de su alma. Sentia el V. Padre un calor extraño que le abrasaba, y para templarle, habia tomado unos baños, y habia de seguirse una minorativa; y proponiéndoselo al M. R. P. Comisario General, que á la sazón estaba en Querétaro, le respondió, que era de parecer que esa medicina la tomase en la Enfermería de México. Así le pareció conveniente; pero protestaba despues, que no sabia en lo que se fundó para decírselo. Pero

el obediente Súbdito, sin representar la indisposicion en que se hallaba, dispuso luego la partida. Salió de Querétaro, y aunque con trabajo, no dexó de practicar en todas las posadas su santo ministerio. En San Juan del Rio se sintió bastante aquejado, y fue necesario el hacerle algunos medicamentos caseros; y aunque podía con facilidad volverse para su Colegio, pero teniendo por voluntad divina la del Prelado, aunque este no le impuso precepto alguno, bastó su insinuacion para proseguir su obediencia. Ya en el Pueblo de S. Francisco le acometió un fuerte escalofrio, cuyo tremor excesivo le obligó á dexar el Confesionario y tirarse en el lecho: con todo, al otro dia se fue á la Iglesia y celebró el santo sacrificio de la Misa, y quizá con el rezelo de que sería la última de su vida, porque habiendo llovido en la noche, se mojó los pies, y ya vino de la Iglesia herido del dolor, que declaró la inflamacion del pulmon, ó una pulmonía sphacelosa, cuya fiebre aguda le hizo que le pidiera al Compañero que le llevaran á la Enfermería del Convento de N. P. San Francisco de México. Así lo hizo, solicitando Caballo en que le pasó á Quautitlán, y en Volante otro dia á México, encargando el V. Padre á dos Compañeros en el camino, que se fueran al Santuario de nuestra Señora de Guadalupe, y le dixeran la Misa, para que, como amada Prelada y Madre suya, dispusiera á su voluntad de su vida ó de su muerte.

Entrando ya en el Convento de México, se puso de rodillas en la puerta del Templo, y esforzando su espíritu la debilidad del cuerpo, adoró á su Sacramentado dueño, y le dió gracias por el beneficio que le hacia

en traerle á morir con todos los Sacramentos, y en compañía de sus Hermanos: de allí ya fue necesario subirle entre dos Enfermeros á una Celda; y conociendo ellos el grave peligro del enfermo, llamaron luego Médicos que lo confirmaron, ordenando que se le administrasen los Sacramentos antes que perdiera su acuerdo. Luego que el V. Padre oyó esto, recibió notable consuelo y alegría, y para disponerse con mas fervor para tanto beneficio, quiso hacer una confesion general de toda su vida, y dexando la cama en que descansaba, se puso en tierra de rodillas á los pies de su Compañero. Era este un Lector de Sagrada Teología, estimado por doctor en su Provincia, y que iba con el V. Padre, por misionar en su compañía, y escribiendo despues la noticia de su muerte al Guardian del Colegio, modera su dolor con una Carta, en que expresa las circunstancias de la dicha confesion, que siendo muy interesante á esta Historia, es tambien debido darla con sus mismas cláusulas y formales palabras, en que dice:

«Hizo su confesion general, dividiendo su vida en tres estados: de muchacho Secular, el de Religioso Corista, y el de Sacerdote. En orden al primero, dixo: aquí no hay que hacer, porque fui buen muchacho. En orden al segundo y tercero, se hizo cargo de las obligaciones de Religioso, confesando en ambos tan tenues defectos, que ninguno pudo privarle de la gracia bautismal; y haciéndole yo cargo de los pensamientos, por ser cosa tan delicada, confesó: que aunque los habia tenido graves por sugestión del Demonio; pero no habia consentido en alguno. Y porque quizá conoció la

» fuerza que me hacia su inocencia, sé inmutable, inmortal y gloriosa; pero
 » me dixo: Si V. R. viera en el ayre con especial modo condescendia el Se-
 » una bola de oro, que es el metal más fino con la cotidiana peticion que hacia
 » mas pesado y brumoso, ¿pudiera despues de comulgar, diciendo: » Se-
 » persuadirse á que por sí sola se » ñor, como conviertes el Pan en tu
 » mantenia? No, sino que alguna ma- » santísimo Cuerpo, y el Vino en tu
 » no invisible la sustentaba. Pues así » preciosa Sangre, has de convertir á
 » yo, he sido un bruto, que si Dios » Fr. Antonio todo, todo en tí. » Y
 » no me hubiera tenido de su mano, » siendo esta conversion solo reservada
 » no sé que fuera de mí. Todas son » para pocos escogidos. La pedia con
 » palabras de dicho V. Padre en una » fervoroso afecto, para andar siempre
 » tribunal tan sério y en una hora tan » revestido de Jesuchristo.
 » executiva. Pregúntele mas, y fue » Para recibir á este Divinísimo
 » con curiosidad acerca de la Misa, y » Señor por Viático, preparó su espiri-
 » sus defectos, y con la mayor humil- » tu con las vehemencias amorosas con
 » dad que pudo, me describió un sin- » que se disponia para celebrar el sa-
 » gular favor que en ella recibia (ra- » crosanto sacrificio, pues siendo fami-
 » zon porque dió á entender se halla- » liar en él el ejercicio de la muerte
 » ba con decir Misa engolosinado) y » desde Corista, siempre lo comulgaba,
 » es el caso, que acabando de consa- » para fortalecer su alma, como si es-
 » grar, parece, decia, que el mismo » tuviera en las últimas agonias, y aho-
 » Christo le respondia desde la Hostia » ra que estaba ya próximo á ellas, co-
 » consagrada con las mismas palabras » gía los frutos de aquellos ensayos, en
 » de la consagracion, haciendo alusion » la tranquilidad de su conciencia, y
 » al cuerpo del V. Padre, *Hoc est » serenidad de ánimo, con que llena el
 » Corpus meum*, favor que dicho Pa- » alma de júbilo, y con la innata vena-
 » dre atribuia á que siempre habia es- » racion de siempre, recibió la sagrada
 » tado ó procurado estar vestido de » Comunión, con edificacion de aquella
 » Jesuchristo. » Hasta aquí la letra de » Comunidad Religiosísima, y no sin
 » la citada Carta. » ternura, al oírle pedir perdon á todos

» Dos singulares favores de la » sus Hermanos, de todos sus malos
 » divina Piedad que gozaba el V. Pa- » exemplos. No fue menor el consuelo
 » dre, se insinúan en su confesion hu- » y resignada alegría con que recibió
 » milde, el de la gracia conferida en el » el Sacramento de la Extrema-
 » santo Bautismo, conservada en sesen- » Uncion, atendiendo con devoto sosiego á las
 » ta y nueve años de vida, del que ha- » deprecaciones, y dirigiendo á los San-
 » cen certidumbre moral las deposicio- » tos sus ruegos con humildes afectos,
 » nes de varios doctos Confesores que » y con resignacion en la voluntad di-
 » tuvo en el discurso de ella, y el de » vina, que renovaba, diciendo con fre-
 » que le respondiése el Señor desde la » quencia: *Paratum cor meum, Deus:*
 » Hostia consagrada, con las mismas » *paratum cor meum*. Aparejado está,
 » palabras de la consagracion prodigiosa. » Dios, mi corazón, aparejado está.
 » No era posible que la carne de » Luego que sonó por México el
 » Christo en la Eucaristia se convirtiera » peligro en que estaba la vida del V.
 » en la substancia del que la comul- » Padre, apenas quedó persona de dis-
 » gaba, porque en ella está incorruptible » tincion que no fuera á visitarle, y

que no quedara admirado de su hu-
 mildad y agrado genio, como de
 la modestia con que recibia sus ex-
 presiones y obsequios, y mas que to-
 do, de la paciencia y conformidad
 con que llevaba sus trabajos y dolo-
 res. Los Conventos de Religiosas ma-
 nifestaron con fineza su amor y ve-
 neracion al que les habia dado tanto
 espiritual consuelo, ofreciendo sus
 votos á su divino Esposo, por su
 amante Siervo: del de San Juan de
 la Penitencia le enviaron el Simula-
 cro milagroso del niño Jesus, y co-
 giéndole en sus brazos, se lo estre-
 chaba en el corazon, con vivos de-
 scos de hacer con Jesus otro tanto en
 el Cielo. De Santa Clara le llevaron
 la Imágen de Maria Santísima de los
 Remedios, y elevando su fe y espiri-
 tu á la Gloria, adoraba en ella á su
 Reyna, y como si la viera y hablara,
 se oyó que al despedirla le dixo: Has-
 ta mañana, lo que fue en la víspera
 de su muerte.

Bien quisiera el V. Padre morir
 en brazos de la humildad, que fue
 siempre su mas querida, y como pro-
 pia divisa suya; y viéndose ahora ro-
 deado de Religiosos, y quizá perci-
 biendo algunos descuidos nada con-
 formes á ella, prorrumió diciendo:
 » Yo deseaba morir y acabar la vida
 » en un monte entre los brutos y las
 » fieras, y no en este santo lugar: ha-
 » gase en mí la voluntad de Dios. »
 Consumido ya de la fiebre, y sin fuer-
 zas, amaneció el día de la Transfigu-
 racion del Señor, pero serena el alma,
 y tan vivaz, que respiraba fero-
 vosos incendios de la amorosa fragua
 en que su corazon ardia; y aun-
 que todos volaban á la celestial esfera,
 pero ella parece que solo esperaba
 para acompañarlos, algún impulso
 de la obediencia, para que su muerte

fuera por los pasos de su vida, por
 eso hizo admirar el que llegando á
 la cama el Enfermero, y diciéndole:
 Ya es tiempo de ir á ver á Dios, al
 punto inclinó la cabeza, y se puso en
 agonía, no con el horror que causa la
 muerte, ni con el susto de oír entonar
 el Credo, sino con un placidísimo
 reposo; y quando la Comunidad can-
 taba el Cántico del Justo Simeon, vió
 tambien cumplidos sus suspirados de-
 scos, y acabó víctima del amor, abra-
 zado de su adorado Dueño Christo
 crucificado, con un suave suspiro.

Murió el V. Padre entre la
 una y dos de la tarde del día seis de
 Agosto de mil setecientos veinte y
 seis años, á los sesenta y nueve mé-
 nos doce dias de su edad, y cincuen-
 ta y tres, tres meses y medio de há-
 bito. A las tres de la tarde hizo hon-
 norífica y no comun reseña de su fa-
 llecimiento, con el doble de Campa-
 nas, la Catedral, á que con iguales
 clamores correspondieron todos los
 Conventos de la Orden, con lo que
 acudían al de N. P. San Francisco,
 en confusos tropes, innumerables
 personas de todos estados, atraidos
 de la fama de santidad con que le ve-
 neraban, y que vocaban los niños
 por las calles, diciendo: Murió el Santo
 Padre Margil. Fue la connoccion
 que hizo este suceso en México tan
 grande, que no es fácil decirse, y por
 eso el R. P. Provincial, previniendo
 con religioso acuerdo los indiscretos
 arrojos de la piedad vulgar, mandó
 que ninguno tomase alguna de las
 pocas y pobres alhajas del difunto,
 reservándolas con prudente cautela á
 su arbitrio; pero no bastó esto para
 impedir el que abriendo la puerta
 quando ya el Cadaver estaba en el
 Féretro, muchos no se arrojaron con
 tropelia por lograr alguna de ellas; y

ya que no hallaron las de su uso, se entregaron de los pañitos que le habían aplicado, las vasijas de las bebidas, ni las unturas quedaron exentas de sus inconsideradas manos.

Grave injuria hubiera sido para la natural modestia del V. Padre, el proponerle en su vida el que se dexara retratar, aunque fuera por el comun uso de conservar su memoria, pues como la humildad fue siempre propia divisa suya, aun despues de muerto parece que lo resistia. Habían enviado algunos devotos suyos Pintores, que sacaran algunas Efigies de su difunto rostro, y entre ellos el mas diestro en imitarlos; pero confesó que sudando en fatigar su idea, y delineando las facciones en la tabla, quando volvia á verla para perfeccionarlas, las hallaba tan diversas, que confundian su fantasia, y á costa de mucha fatiga, pudo sacar una copia, que él mismo confesó no ser perfecta, aunque algo se le parecia. Así quedaron algunos retratos con que la piedad tiene en que entretener la memoria, con una bien colorida sombra.

Era la Capilla de la Enfermería, donde el V. Cadaver estaba depositado, de muy corto ámbito, para el crecido número de gente que iba á venerarle, por lo que el Prelado Superior de aquella Santa Provincia, no pudiendo practicar la prudente providencia de darle luego sepultura, para obviar los excesos que se iban experimentando, por los clamores de toda la Ciudad, que concurría á verle, dispuso que se baxara á la Iglesia, donde, cerradas las puertas de fierro de la Capilla mayor, tuviera la multitud el consuelo que pedia; pero era mas exorbitante la gente, y extraordinaria la concurrencia de personas Eclesiásticas, Re-

ligiosos, Caballeros y Señoras que venian á venerar al que todos aclamaban Santo, á lo que los persuadía, el ver como prodigiosa la incorruptibilidad del cuerpo, flexible, sin mal olor ni color cadavérico, pues parecia simulacro del hombre mas robusto.

En estos términos lo declaró un famoso Cirujano, que hizo observacion, por orden del R. P. Provincial, de todo él, diciendo: «Que desde la cabeza á los pies le habia hallado una suavidad ó flexibilidad, que parecia guardaba mucho del temperamento nativo. Y pasando á tocar con la mano el pecho, ó cavidad vital, excedia en mas calor, y los músculos de los ojos muy flexibles, guardando venas, arterias y ligamentos casi su contextura natural, pues parecia que la sangre circulaba, vertiendo por el rostro un color muy rosagante. Lo mismo certificó por escrito el Enfermero, diciendo, que despues de muerto el V. P. Fr. Antonio, le corría el sudor por el pecho como si estuviera vivo, y que permaneció caliente hasta el sepulcro.» Mayor que todo lo dicho, era la admiracion que causaba el color, blandura y flexibilidad, de sus pies, pues fue particularidad que todos observaron: «en los pies del Religioso Cadaver, (dixo en una Aprobacion del Sermon de sus Honras el Illmó. Señor Arzobispo de Manila Don Carlos Bermudez de Castro) el verlos tan dóciles, tan tratables, tan hermosos, sin rupa y sin nota alguna. Pies que anduvieron tantos millares de leguas tan descalzos y fatigados en los caminos, tan endurecidos en los pedregales, tan enlodados en los pantanos, tan quebrantados en las monta-

ñas, tan lastimados en los peñascos, tan ensangrentados en los espinos, como todos sabemos, parece prodigio mas que contingencia, pues muchas veces el Señor se digna de manifestar así su aceptación, como la predicacion de San Antonio en la incorruptacion de su lengua, la limosna de San Estevan Rey en la de su brazo.

Eran las generaciones de tan beneméritos. Sugestos, adornados de religiosa prudencia y notoria literatura, un poderoso estímulo para todo México, pues hacia olas por las calles el concurso que iba á ver al V. difunto, y fue necesario poner Soldados y Religiosos que defendieran la integridad del Cadaver, sin poder evitar que le cortasen pedazos del hábito, y fue necesario mudarle varias veces la mortaja. Por dichoso se tenia el que lograba besarle los pies, y ya que no alcanzasen algun pedacito de la mortaja, se consolaban con tocar al cuerpo los rosarios, medallas y otras cosas, pues las Señoras daban sin melindre delicados paños, para que tocados á sus manos, fueran despues testimonio de sus piadosos afectos: otros con lágrimas pedian de las flores con que incesantemente cubrian el Cadaver. Todos ofrecian allí sus votos, y encomendaban á la alma del V. Padre el remedio de sus males y cuidados, lo que pareció ser de la aceptación divina, por el caso que se autenticó ante el Illmó. Señor Obispo de Yucatán Don Juan Ignacio Castorena, Provisor entonces de Naturales y Chinos.

Convento de N. P. San Francisco á ver el Cuerpo del V. P. Margil, y llegó á besarle los pies, pidiéndole á su alma que la sacase de sus pecados, y aquella noche le repitió el accidente con tal fuerza, que viéndola sin sentidos llamaron á un Sacerdote que la confesara; hizolo así, y en medio de sus angustias, se volvió á encomendar á la alma del V. Padre, teniendo en la mano un pedacito de cuerda tocada á su cuerpo, y con esto consiguió el consuelo de su alma, y salud perfecta, mejoría que atribuyó á la intercesion del V. Padre, pues en diez meses que habían pasado quando hizo esta declaracion, no habia vuelto á sentir nada de su accidente antiguo.

Ni solo se quedaban en el recinto del Templo las aclamaciones de la santidad del V. Padre, sino que llegaron hasta el gavineté del Exmó. Señor Virrey, y movido de ellas, mandó que se juntara el Real Acuerdo, y confiriendo con los Señores que lo componen, y atendiendo los distinguidos servicios que el V. Padre habia hecho, por mas de quarenta años, á Dios y á S. M., determinaron que para que á Ministro tan proficuo se le atendiera y correspondiera, mandaban que en su Entierro y Honras se asistiese por la Real Audiencia, en la misma forma que se asiste á los de los Ministros Togados de ella, para lo qual se avisase á los Tribunales que en ellos se acostumbra. Por este extraordinario Acuerdo, se trasladó el V. Cadaver á la Sacristia del Convento, á donde el siguiente dia fueron de ceremonia el Exmó. Señor Virrey y Real Audiencia, y demas Señores que componen los Reales Tribunales, como tambien el Señor Corregidor, con el Illmó. Regimiento

de aquella Nobilísima Corte.

Tomados sus asientos, vino el V. Dean y Cabildo de la Santa Metropolitana Iglesia debaxo de su Cruz, con asistencia de su Capilla de música, Acólitos, Infantes, Capellanes de Coro, Cura de su Sagrario y demas Parroquias; y estando presentes las Comunidades de las sagradas Religiones, y los Colegios y Seminarios de la Ciudad, con la mayor parte de la Nobleza de ella, salió el Entierro, cargando el V. Cadaver Prebendados, Prelados y Regidores, y hechos con toda ostentacion todos los Oficios divinos y funerales, se le dió sepultura en el Presbiterio al lado del Evangelio en una curiosa bóveda que los Señores Condes del Valle de Orizaba tenían destinada para sus personas y descendientes, y cedieron á él su derecho, aunque hasta entónces no se había enterrado en ella otro cuerpo sino los de dos infantes que estaban en otro nicho. Allí se puso el cuerpo, dando certificacion de todo el Escribano mayor del Cabildo, y quedó en una caxa de madera aforrada, y dentro otra, con planchas de plomo, cerrado todo con llaves; y habiendo echado sobre el cuerpo porcion de cal, se cubrió todo de tierra.

Fueron las exéquias con que aquella N. C. honró al V. P. Fr. An-

tonia de tanto honor y lucimiento, que segun escribió el docto P. Mr. Juan Antonio de Mora: «Por lo que tocaba al V. Padre, no había motivo de dolor, sino de grandísimas alabanzas á Dios, que le erió para tanta gloria suya, lo qual quiso manifestar en la tierra con las aclamaciones y veneraciones de su gran santidad. A mi juicio, no hubieran sido mayores si hubiera muerto en México San Antonio de Padua, ó San Francisco Xavier, publicando todos á voces lo heroico de sus virtudes. En todo ha manifestado nuestro Señor la gran Gloria que goza en premio de sus grandes trabajos.»

La Inscricion siguiente, dictada de la piedad, y gravada en una lámina de estaño, quedó tambien encerrada en el sepulcro.

Hic jacet sepultus, Venerabilis Servus Dei Pater Frater Antonius Margil, Missionarius, Praefectus, & Guardianus Collegiorum de Propaganda Fide Sanctae Crucis de Queretaro, Sanctissimi Crucifixi de Guatemala, & Sanctae Mariae de Guadalupe in hac Nova Hispania erectorum: fama utique virtutum, miraculorumque illustris. Obiit hoc per celebri Mexicano Conventu die VI. Augusti, Anno Domini M. DCC. XXVI.

CAPÍTULO XXIV.

De las virtudes Teologales que tuvo el Siervo de Dios.

LA sólida basa sobre que levantó el V. P. Fr. Antonio el espiritual edificio de toda su vida, y sobre que descollaron las admirables columnas y preciosos capiteles de sus virtudes, hasta elevarse

á la cumbre de la perfeccion christiana, no pudo ser otra que aquella por la qual viven los Justos, que es la Fe, pues ella es la substancia de todas las cosas que se deben esperar, y argumento de las que no aparecien-

do á la vista, se les debe dar una firme creencia. Es fundamento, realidad y esencia de todo lo que se puede esperar, porque es argumento, demostracion y evidencia de todo lo que se debe creer; y por eso es imposible sin ella agradar á Dios, pues junta con el exercicio de las buenas obras, es la vida con que viven en memoria eterna los Justos, y ellas los honoríficos epitafios que deben adornar sus sepulcros.

Desde su infancia era la Fe en el V. P. Fr. Antonio una encendida lucerna, y los ojos de su inocente alma, que veían con mas claridad la substancia de los divinos Misterios, que con los del cuerpo los materiales objetos, y por eso esa luz soberana le embelesaba desde sus tiernos años; y quedándose absorto en los Templos, manifestaba la explícita y fervorosa confesion de su creencia, y solo por ella podia un niño mantenerse en ayunas, y ser preciso hacerle fuerza para que se retirara á su casa: por ella solo pudo animarse á dexar á su Madre Viuda, creyendo que para su socorro le bastaba la divina Providencia: por ella renunció el Mundo, y todas sus vanas esperanzas, para lograr en la Religión las que solo creia ciertas: por ella se encendió en su corazon la piedad religiosa con que satisfacia á los votos de su profesion, y aspiraba á la perfeccion christiana: por ella mereció que se infundiera en su alma el zelo apostólico, que le hizo venir á las Indias solo para propagarla entre las naciones bárbaras; y por ella ardian en su corazon aquellas amorosas ansias y deseos de padecer por ella los mas crüeles martirios.

No se quedaron tan vivos afectos en solo el corazon encendidos, porque si el intento que muchas ve-

ces tuvieron los Idólatras de quitarle la vida, ya teniéndole amarrado, de rodillas, y sin alimento alguno tres dias: ya atado á un palo y cercado de fuego, que estuvieron atizando veinte y quatro horas continuas para quemarle vivo: ya tirándole fuertes golpes de macanas y flechas sin poder herirle: ya dándole mortíferos venenos para quitarle la vida; si todos estos medios no fueron eficaces, no fue porque su valor hiciera resistencia, sino porque fue invicto, por la Fe que predicaba, en esos y otros mayores tormentos. Si las balas de los Hereges llegaban á su cuerpo frias, quando él auxiliaba á los que caían muertos de ellas mismas, no fue porque le faltara una constante voluntad de dar por la Fe la vida, pues por ella la exponia á los peligros mas funestos de morir en los caminos mas escabrosos, en los desiertos mas lóbregos, en los rios crecidos, en las bocas y garras de los Leones, Tigres y otras fieras y venenosas sabandijas; pero esa Fe misma era la que entre las persecuciones y riesgos se la conservaba, no sin maravillas de la mas alta Providencia. Esto se vió, pasando varias veces muy caudalosos rios sin auxilio humano, y se puede ver, no solo en los casos dichos, sino en los de toda su vida, pues toda ella es una continuada prueba de su Fe y confianza en Dios, la que procuraba confirmar en sus Compañeros, para que creídos en que nada podia dañarlos, ni los Indios les harian mas que lo que Dios les diera licencia, caminaron sin miedos en su laborioso ministerio, que muchas veces suelen frustrar todo el fruto de sus trabajos.

Con esta heroica confianza, entraba solo por los Pueblos y rancherías de los Indios que sabia eran Após-

tatas, Hechizeros é Idólatras, oblitando á descubrir sus inveterados errores; y con solo su predicacion apostólica, les obligaba á quemar en públicas hogueras los ídolos, destruir sus ocultos adoratorios, y declarar los principales Maestros y fautores de sus prestigios, maleficios y diabólicos engaños. Eran los efectos de su predicacion tan prodigiosos, que esos mismos Hechizeros quedaban tan convertidos, que hacian Procesiones de cruces penitencias, para alcanzar de Dios el perdon de sus culpas, enseñándoles el V. Padre con su doctrina y exemplo, el cumplimiento de las obligaciones de un Christiano en la fe de los sagrados Misterios y observancia de los divinos preceptos.

Sobre tan firme basa, descollaba en su alma la robusta columna de la esperanza que en Dios tenia, pues en toda su vida nunca desesperó de alcanzar de su Providencia quanto le pidiera, como fuera de su divino agrado. Al pie de los Altares dirigia el V. Padre su verdadera creencia con fervorosas oraciones, para alcanzar la divina gracia, que le preservara de caer en culpa alguna, y en esta confianza esperaba siempre que todos sus pasos caminaran para la Gloria, y con ella hizo entrar en su vereda un descaminado foragido, que en poco tiempo supo dichosamente robarla. Nunca tenia en su apostólica lengua otra materia, sino la de la esperanza que se debe tener en la divina Misericordia, por eso todos sus espirituales ejercicios y mortificaciones, los dirigia para alcanzarla de Dios para los miserables pecadores, y fiado en ella, emprendia todos los trabajos de sus misiones, por cuyo medio fueron innumerables las almas que libté del despeñadero de la desesperacion,

en que las tenian la enormidad y multitud de sus culpas: ni fue menor el número de los que obstinados en inveterados vicios, se desarraigaron de ellos, por la esperanza que les infundian sus palabras. De suerte que su fe y su esperanza eran tan fructuosas para sus próximos, porque todos las veian firmes y explícitas en la inocencia inculpable de su vida, en la sanidad de su doctrina, y en el cumplimiento de su apostólico ministerio.

Ni son extraños tan admirables efectos, si todo el móvil de quanto en su vida se ha insinuado de prodigioso, sublime ó heroico, era la caridad ó íntimo amor que le tenia á su Dios, siendo su mas visible contrasena la observancia de su Ley santísima, no habiendo cometido ni una sola culpa que le privara de la gracia que por el santo Bautismo le fue conferida, y siempre crecian en su alma los anhelos y aspiraciones para elevarse á lo mas perfecto, y conforme á la voluntad divina, para que ella sola fuera el centro de todos sus afectos, discursos, operaciones y movimientos. Esta era la cumbre de todo su místico edificio, siendo su corazon el Trono en que reinaba el mismo Señor que le infundia tan luminoso incendio, del que nacia el fervoroso zelo de promover su divino culto, y de que abrasado en él todo el Mundo, solo su Magestad fuera adorado, servido y amado: á esto se dirigian los esfuerzos de formar tantas Iglesias, como fabricó por sus mismas manos en las Misiones de los Infieles de las montañas de Guatemala, y en las de este Reyno, y aquella frecuente elevacion de la mente en Dios, teniéndole presente aun en los trástagos del siglo, sin perder su divina presencia en las muchas y diversas ocupaciones que

podian divertírsela: por eso procuraba que sus voces fueran llamas que encendieran los corazones en el amor divino, é ilustraran los entendimientos en el mas alto concepto de las divinas perfecciones. Este era el mas continuo asunto de sus pláticas y Sermones, saliéndole á la cara los colores del encendido etna en que se abrasaba, sin que pudieran extinguirlo las frias aguas en que el Mundo se aniega; y por eso estando á la muerte en el Colegio de Zacatecas, declaró á su Confesor su interior recogimiento, diciendo: «Gracias á Dios que siempre me he mantenido con su ayuda, en el interior reyno del alma.»

Cautelaba siempre con el mayor estudio el que se trasluciesen los mentales excesos que solia su amor causarle; pero, ó por las lágrimas que le salian del dolor por las ofensas á su Amado, ó por los ilapsos de sus amorosos sentimientos, se hizo inútil su disimulo, y muchas veces fue hallado inmóvil, arrebatado y fuera de sí: otras se vió bañado todo de resplandores y luces; pero entre los varios raptos que se le vieron, fue uno por sus circunstancias muy raro. Una tarde, siendo Guardian del Colegio de la Santa Cruz, iba un Corista al Tras-coro para tocar á Completas; y hallando cerrada por adentro la puerta, repitió golpes y voces para que le abrieran, pero nadie le respondia, por lo que le avisó al P. Vicario, el que le mandó que le hiciera fuerza á la puerta: quedó al entrar pasmado, pues segun su declaracion jurada, halló al V. Padre abstraído del todo, y dando con el cuerpo vueltas en círculo, con tal violencia, que levantado del suelo, formaba una linea obscura con la cabeza y las sandalias, sin distinguir-se otra cosa, por la suma ligereza del

movimiento: dábale voces por no poderle asir del hábito; y viendo que no bastaban, tocó la campana, y al primer golpe que llamaba á la obediencia del acto de Comunidad, se recibió, y paró el V. Padre; y preguntándole con severidad, por qué habia entrado sin abrirle, y al oír la razon del Corista, solo le dixo: pues chiton, y no hablar palabra; y se salió al Coro con mucho disimulo.

No pudiera ser tan extraño movimiento impellido por causa natural, sino á impulsos de otra soberana; pues si vemos que rodado un cabo de cuerda encendido, forma un círculo de fuego, es por la suma violencia que impresiona su movimiento en la vista; pero en este caso no se puede discurrir mas causa que las violentas aspiraciones del alma, y del interior incendio que la impelia, obrando la actividad de su amor en su pecho, los giros que forma el fuego quando está preso y detenido; por eso las llamas que producía por la boca, eran rayos de luz divina que asombraban á los hombres mas doctos, oyéndole en los Pulpitos, pues siempre dirigia con delicadísimos discursos y elevados conceptos, sacados de la sagrada Escritura y escogida doctrina de los Santos Padres, inflamadas sactas que penetraban y fervorizaban las almas en la fe, esperanza y caridad con que deben confesar, adorar y amar á la Trinidad Santísima, y tributar los mas reverentes cultos á tan incomprehensible Misterio.

Con igual eficacia y zelo promovia el del Santísimo Sacramento del Altar, porque fue imponderable la reverencia y amor que le tuvo desde sus mas tiernos años. Este fue siempre su mas delicioso objeto, é ímán de su espíritu; con el de ayudar

todas las Misas que podía, le abrió la primera luz de la razón, y tenía sus familiares entretenimientos en imitar sus sagradas ceremonias: atraído de sus dulzuras, se estaba en los Templos en que se exponía público, todo el día abstraído y sin alimento alguno. Ya que empezó á gustar de este maná divino, era necesario que su Madre violentara su devoto embeleso, y los Sacristanes su enamorada voluntad, para sacarle de la Iglesia. Puesto ya en las aras, en ellas mismas le hacia al Señor humilde sacrificio de su alma, potencias y sentidos, para que todas sus acciones fueran conformes á su voluntad santísima, y todo lo convirtiera el Señor en sí mismo, para lo que purificaba antes su alma, aun de los mas leves defectos, en la sagrada fuente de la Penitencia; y fuera de otras fervorosas preparaciones, se valia de la intercesion de María Santísima, y le pedia se dignase de adornar su alma con la hermosura de la gracia, y virtudes que le concedió el Altísimo para encarnar en sus entrañas purísimas el Divino Verbo; y esto lo pedia con tal humildad y confianza, que le decía con ardientes afectos: «No pido mas, porque no puede ser, ni menos, porque no quedarían saciados mis anhelos de imitar tan peregrina pureza.»

Con tan fervorosa preparacion, bien se cree que le visitaba el Señor como él le reverenciaba, y que sus amantes afectos eran premiados con singulares favores. Así se vió una ocasion, que diciéndo Misa, tenia como una hoguera esparcida por la cara, y que entre las asquas que la encendian, corrían hilos de lágrimas que la avivaban, y estando con el cuerpo elevado del suelo mas de una

tercia de vara. Efectos de tan soberanos favores eran tambien las diligencias que hacia para que ni el verse postrado en la cama fuera bastante para privarle de la sagrada Comunión: ni el caminar muchos años por montes y desiertos, aun en las tierras de los Bárbaros, era impedimento para celebrar el sacrosanto sacrificio, y para esto llevaba siempre los Ornamentos; y si por algun invencible obstáculo, algun dia no podia decir Misa, tenia este por el mayor de sus trabajos, porque en los penosísimos de sus misiones, todos lo eran suaves, teniendo en el divino Sacramento toda la fortaleza su espíritu.

Siempre que el Santísimo Sacramento estaba patente, no sabia separarse de su divina presencia, girando su corazon en torno de la llama que oculta tan alto Misterio. Si saliendo del Colegio sabia que en algun Templo estaba descubierta, se iba á él solícito, le adoraba postrado, y puesto en Cruz, ofrecia su alma como víctima del amor al pie de la ara, y con su devocion daba exemplo para que todos le adoraran con viva fe y humilde rendimiento, y se ponía en cruz, para reverenciar en el Sacramento la memoria del sacrificio que Jesu-christo hizo en el Calvario, porque este era el único imán de sus potencias y afectos, y que siempre traía en su corazon crucificado. De este volcan que abrigaba en el seno, nacian los ambientes fogosos que impetuosamente respiraba su espíritu, y con que calentaba y encendia á quantos le escuchaban. Viva Jesus era su acostumbrada salutacion, que dexó impresa hasta en los bárbaros Gentiles, para mover los corazones de todos á que invocaran en ella al Hijo de Dios, su Mesías verdadero y Salvador del

Mundo, al que miraron todas las profecias y figuras del antiguo Testamento, y todos los votos de los Patriarcas, como esperanza de las gentes, gloria, felicidad y consuelo de los Christianos.

Jesus era el principio de todas sus palabras, obras y pensamientos, para que todo fuera en nombre del Salvador, que con el precio infinito de su sangre, redimió la libertad y felicidad de los hombres, cautivos del pecado y del Infierno. Por eso en todos sus Sermones, aunque fuesen panegíricos, era el tema el mismo de San Pablo: *Nosotros predicamos á Christo crucificado*. Articulaban estas voces, su caridad y su zelo, dictadas del amor de su crucificado dueño; y así, clamaba sin cesar en los Púlpitos, exhortaba en los Confesionarios, y hacia todos los dias especiales oraciones por todos los redimidos, para que tuvieran mucha veneracion á la Pasion de Christo, y que ninguno perdiera el infinito precio que dió por su rescate y remedio.

A este fin era su oracion continua, tendidos en cruz los brazos, y así hacia el exercicio de las tres horas que estuvo Christo vivo y crucificado, meditando tan excesivas finezas, y llorando el olvido de los hombres, é ingratitud de los pecadores. Con el mismo respeto hacia todos los dias el de la Via-Saera, cargado de una pesada Cruz, con sogas y corona de espinas, concluyéndolo con cruel disciplina. Quando era Prelado en los Colegios, lo rezaba con la Comunidad, y quando en cada paso proponía el punto que se habia de meditar, lo hacia con tal ternura, viveza de afectos y centellas de amor, que inflamaba los corazones de los Religiosos. Era tanto el amor que le tenia á la

santa Cruz, que quisiera estar siempre crucificado, y para lograr los ratos que podía, tenia en la Celda puestos dos clavos, como que fueran para otra cosa, y agarrado de ellos, estaba en cruz el tiempo que podía. En la misma figura caminaba largos ratos con el báculo atravesado en los hombros, y mientras los Compañeros descansaban, se ponía en cruz en el campo, agarrado de las ramas de algun árbol. En los quatro Obispos de Guatemala extendió tanto el exercicio de la Via-Saera, que segun cómputo del Señor Obispo de Puerto-Rico, se erigieron mas de dos mil y quinientos Calvarios; pero de los que puso en todos los de este Reyno, no seria fácil hacer ni aun moral cálculo, porque siendo su máxima ordinaria, que la mejor devocion que puede tener el Christiano, es la de pensar en la Pasion de Christo, para facilitársela á todos, ponía las Cruces en las Iglesias, y hasta en las casas; y para darles una idea práctica de ella en sus misiones, salia los Viernes descalzo, con sogas y corona de espinas, y Cruz acuestas, y así pasaba la Ciudad ó Pueblo hasta donde estaba puesto el Calvario, y allí exhalaba el corazon por los ojos con copiosísimas lágrimas, y con compasivas voces lamentaba la torpe ingratitud de los mortales, y les exhortaba al dolor y enmienda de sus culpas, enseñándoles á reverenciar la santísima Pasion, que quisiera imprimir en todas las almas, para que no respiraran sino amorosas correspondencias á finezas tan indecibles. De forma, que se puede asegurar que la vida y muerte de Christo, fue toda su vida una como innata ocupacion de su memoria, estudiva tarea de su entendimiento y único objeto de su voluntad.